Leo, el niño fantasma

Mi primera biblioteca

Mac Barnett

Ilustraciones de Christian Robinson

Leo, el niño fantasma


Leo,
el niño fantasma
Mac Barnett
Ilustraciones de Christian Robinson



Éste es Leo.
No todos lo pueden ver.



Pero tú sí.

Leo es un fantasma.



Durante muchos años, Leo vivió solo en una casa en las afueras de la ciudad, donde leía libros y hacía dibujos en el polvo.

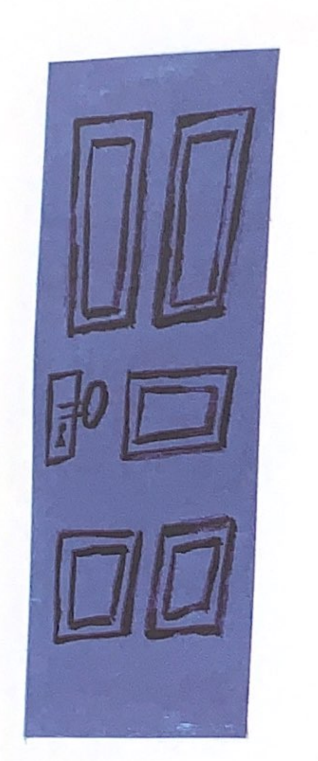


Un día de primavera, una familia se mudó a la casa.

Leo se alegró tanto de tener compañía que, la primera noche, les preparó té de menta y pan tostado con miel. Leo creyó que estaba siendo un buen anfitrión.



Pero sus nuevos vecinos no estuvieron de acuerdo.



Se escondieron en el baño
y cerraron la puerta con llave.
—¡La casa está embrujada!
—dijo el papá.
—¡Tengo miedo, Gary!
—exclamó la mamá.
—¡Odio el té! —dijo el niño—.
¡Y odio a los fantasmas!

No sabían que Leo flotaba encima de la tina
y había escuchado todo lo que dijeron.

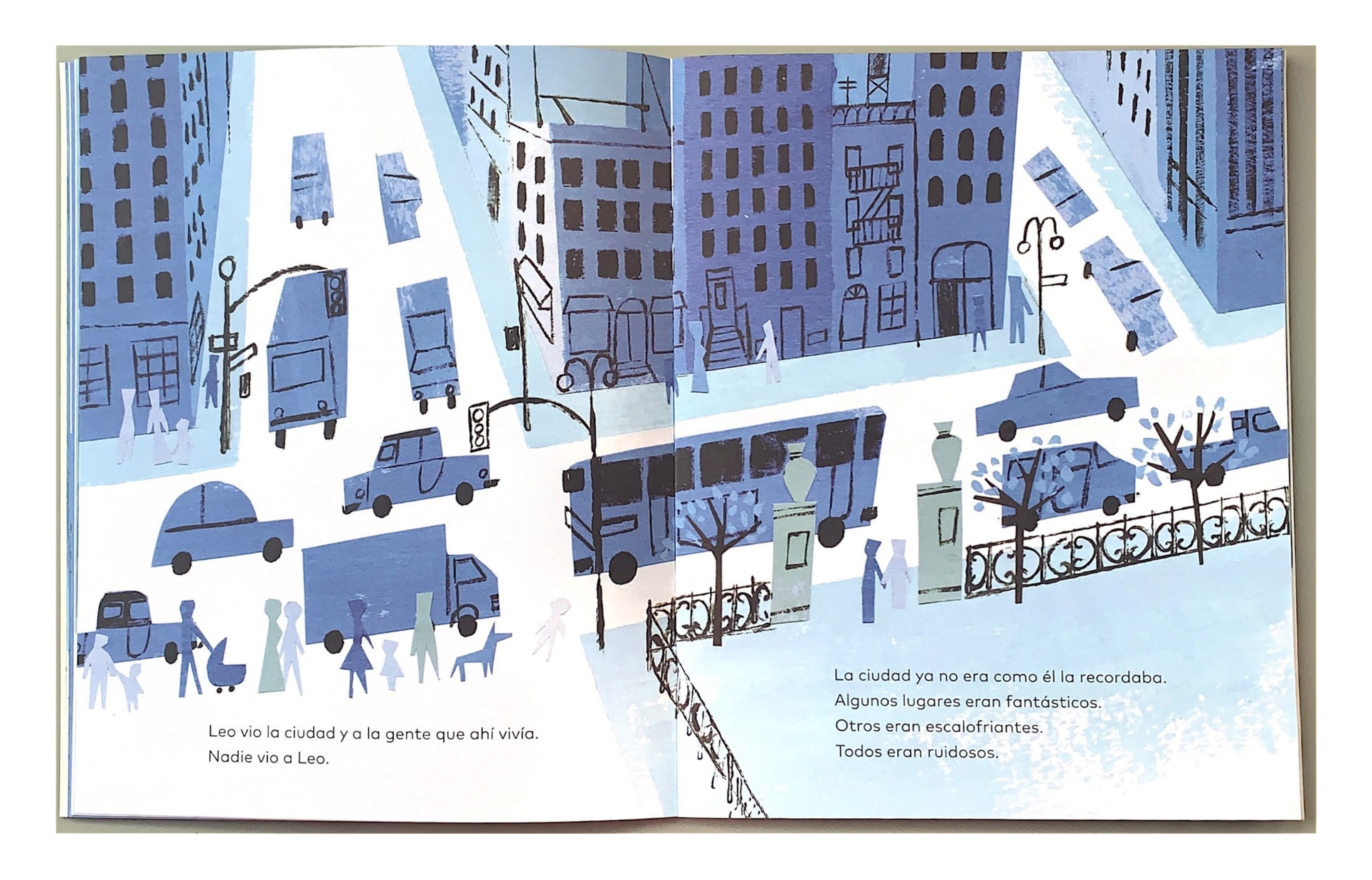


Para deshacerse del fantasma, la familia llamó a un científico, a un sacerdote y a una espiritista.

Pero no era necesario que gastaran su dinero; Leo sabía que no lo querían. Así que se despidió de su casa y se fue.



"He sido un fantasma de casa toda mi vida", pensó Leo.
"Me gustaría ser un fantasma vagabundo por un tiempo."
Así que Leo se dedicó a vagar.



Leo vio la ciudad y a la gente que ahí vivía.
Nadie vio a Leo.

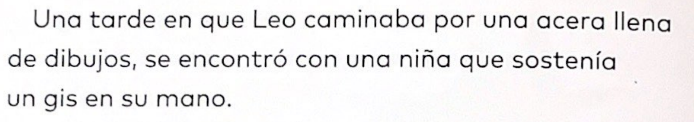
La ciudad ya no era como él la recordaba.
Algunos lugares eran fantásticos.
Otros eran escalofriantes.
Todos eran ruidosos.



Leo se dirigió a la esquina donde solía estar su dulcería favorita, pero no la encontró.

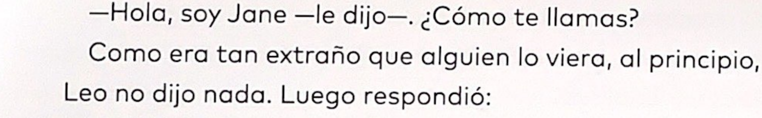
—Disculpe, oficial —le dijo a una policía—, ¿sabe dónde...?

Ella siguió caminando y pasó a través de Leo como si nada.



Una tarde en que Leo caminaba por una acera llena de dibujos, se encontró con una niña que sostenía un gis en su mano.

La niña volteó y miró fijamente a Leo.



—Hola, soy Jane —le dijo—. ¿Cómo te llamas?

Como era tan extraño que alguien lo viera, al principio, Leo no dijo nada. Luego respondió:

—Me llamo Leo.

Jane asintió.

—Leo, ¿quieres jugar a los Caballeros de la Mesa Redonda?

—Sí —contestó Leo, porque sí quería.

—Bueno —dijo Jane—. Pero antes, el rey debe nombrarte caballero.

—¿Quién es el rey? —preguntó Leo.

—¡Pues yo! Por eso llevo esta corona en mi cabeza.



Leo miró la cabeza de Jane, pero no vio ninguna corona.

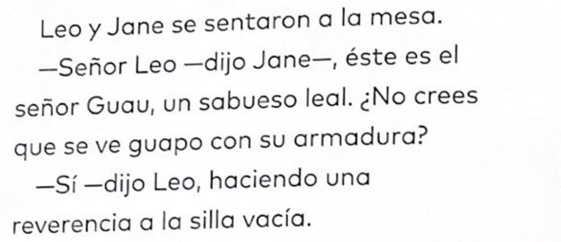


Aun así, Leo se arrodilló y, al instante, fue nombrado caballero.

Leo y Jane se sentaron a la mesa.

—Señor Leo —dijo Jane—, éste es el señor Guau, un sabueso leal. ¿No crees que se ve guapo con su armadura?

—Sí —dijo Leo, haciendo una reverencia a la silla vacía.



—Y éste —continuó Jane— es el señor Miau, un felino leal. ¿No te parece que con esos bigotes luce muy sabio?

—Sí —respondió Leo, e hizo otra reverencia.

—Y, finalmente —dijo Jane—, éste es el señor Graznidos...

—Un ave leal —interrumpió Leo.

Jane frunció el ceño y dijo:

—No. El señor Graznidos es un hámster gigante.

—¡Sí, claro!, es que no traigo mis anteojos —comentó Leo.

Jane miró la silla entrecerrando los ojos.

—Bueno, eso creo —dijo Jane.



—¡Jane! ¡Despídete de tus amigos imaginarios y baja a cenar! —dijo la voz de una mujer desde otra habitación.

—¡Voy! —respondió Jane y luego se volvió hacia Leo—. Mi mamá cree que los amigos imaginarios son una pérdida de tiempo. Pero yo creo que eres genial.

Luego se puso de pie y se dirigió a la cocina.

Leo se sintió muy triste.

"Cree que soy imaginario", pensó. "Pero si le digo que soy un fantasma, la voy a espantar."



Después de la cena, Jane regresó a su cuarto y le dio una espada a Leo. Se metieron en una cueva, vencieron a un dragón y se robaron su tesoro. Cuando Leo cerraba los ojos, podía ver las escamas verdes y las monedas de oro.

Después de una gloriosa celebración, llegó la hora de ir a dormir.

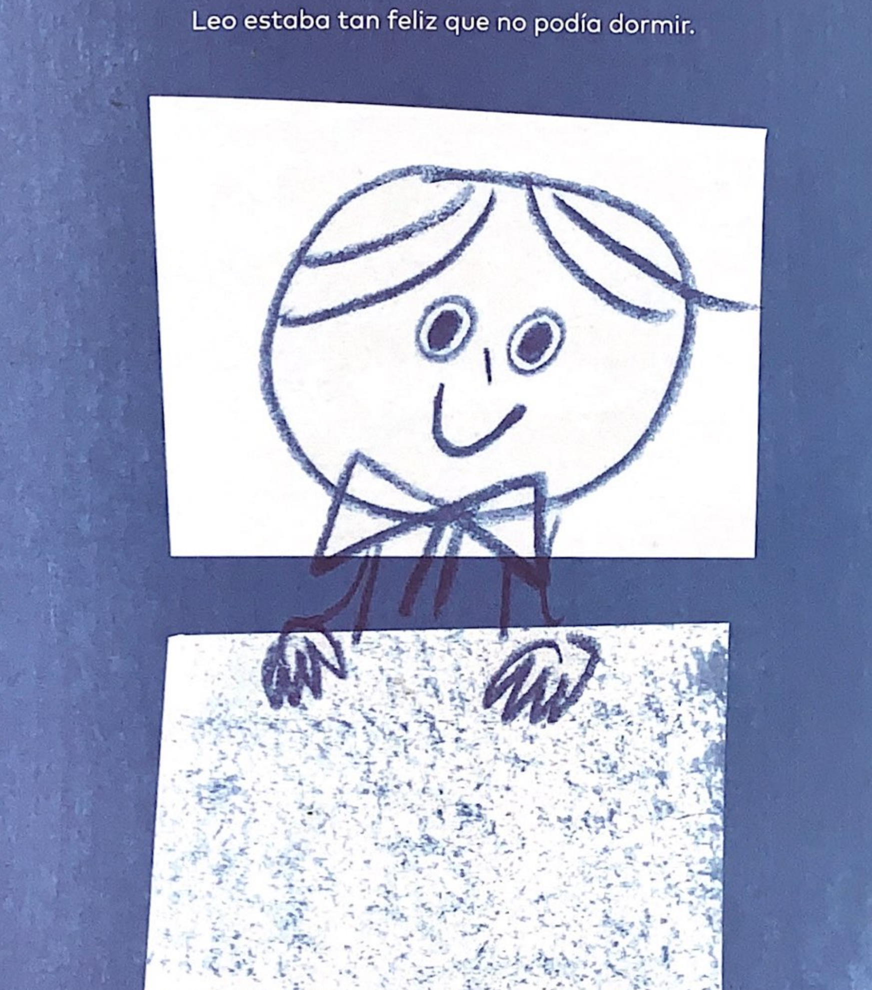


Jane le dio a Leo una almohada y una sábana.

—No le digas al señor Guau —le pidió—, pero tú eres mi mejor amigo imaginario.

—Gracias —dijo Leo.

Leo estaba tan feliz que no podía dormir.





Leo se fue a la sala para no despertar a Jane.
Pasó la noche acostado en el suelo, diseñando su escudo de armas.

Por eso estaba despierto cuando un ladrón se metió por la ventana.



—¡Alto! —gritó Leo.
Pero el ladrón lo atravesó de camino al lugar donde guardaban los cubiertos de plata.



Aunque después no sabría explicar cómo se le ocurrió esa idea, Leo se echó la sábana encima y voló hacia el ladrón. Éste se asustó tanto que dejó caer los tenedores de ensalada.

Leo persiguió al hombre hasta un clóset, azotó la puerta y lo encerró.

Lo hizo muy bien.



El portazo despertó a Jane, quien llamó a la policía y fue a buscar a su mamá.

Una patrulla llegó a la casa y se llevó al ladrón a la cárcel.

Y eso fue todo.



—Gracias —dijo Jane.

—Por nada —dijo Leo—. Me gustó haber podido ayudar.

—Pero, Leo... ¿cómo conseguiste asustar a ese ladrón si eres mi amigo imaginario? —preguntó Jane.

Leo bajó la mirada.

—Jane, te mentí. Soy un fantasma. Te dije que era tu amigo imaginario, pero no es cierto. Sólo soy tu amigo de verdad.

—¡Ah, bueno! —dijo Jane—. Eso está mucho mejor.



Después se fueron a la cocina por un bocadillo de medianoche: té de menta y pan tostado con miel.